

A casi todo autor agrada emplear de vez en cuando una palabrita poco conocida, siquiera para dar la impresión de que tiene almacenadas muchas frasecillas por el estilo, como una fuerza de reserva lista para desempeñar deberes especiales siempre que él juzgue conveniente dar la voz de mando.

Quienquiera o lo que quiera que seamos, es lo más probable que aparezca en nosotros traza definida de la cabecilla de alfiler.

Una de las cosas que contribuyen a hacer la vida insoportable es la costumbre que tienen los barberos de tomar posiciones detrás de las sillas, manteniéndose como una especie de lacayos en alerta cuando un parroquiano entra en la peluquería. Apenas se traspasa el umbral del barberil estudio, cinco o seis individuos de chaqueta blanca se precipitan a su puesto con ímpetu semejante al de los caballos del departamento de bomberos, ostentando cada cual en el rostro la expresión de: «Yo me afano por complacer». Todos exhiben el ansia de debutantes por ser elegidos. En tales momentos me siento tan indeciso como un mor-